

Creating Consilience.

Integrating the Sciences and the Humanities.

Edward Slingerland y Mark Collard, editors.

New York: Oxford University Press. 2012

450 páginas.

Esta publicación reúne las contribuciones de los participantes de un seminario realizado en la Universidad de la Columbia Británica, en Canadá, en el mes de Septiembre de 2008. Como el título lo indica, el encuentro tuvo como finalidad identificar puentes, vasos comunicantes o vías de integración entre las ciencias y las humanidades. Una visión siquiera básica del mundo académico planetario y de los diversos ámbitos de investigación revela que persiste una clara brecha entre los conjuntos que son identificados, grosso modo, como ciencias y humanidades. Ni siquiera se trata de un tema recientemente planteado. Cualquier recuento en tal sentido tendría que referir obligatoriamente a la idea de las dos culturas, referidas como tales por el británico C.P. Snow en sus famosas conferencias de finales de los años cincuenta del siglo pasado.

Aunque los ejemplos de la brecha entre ciencias y humanidades conforman un conjunto de explícita superabundancia, no resultará en demasía redundante aportar alguno más bajo el argumento de su carácter reciente. En efecto, una referencia llamativa puede hallarse en los estudios sobre los fenómenos religiosos, particularmente en aquellos que eligen formularse en el marco del neodarwinismo y las ciencias cognitivas. Así, en el primer capítulo de su libro *La creación de lo sagrado. La huella de la biología en las religiones antiguas*, el filólogo e historiador de la religión Walter Burkert sostiene que “introducir la biología en los estudios culturales es entrar en un campo de batalla” (2009, 27). En una atmósfera de prejuicios enfrentados, los sectores intelectuales en pugna enarbolan, de una parte, un biologismo sin concesiones y, de la otra, una autonomía cultural a todo evento. En el prefacio a la edición en español de su libro *Romper el hechizo. La religión como fenómeno natural* (Katz 2007), el filósofo Daniel Dennett desarrolla un recuento de las reacciones de diversos sectores académicos en su contra, ninguna de las cuales, curiosamente, se limita a cuestionamientos intelectuales sino que merecen un abordaje en términos de psicología de las actitudes. En fin, se trata de una atmósfera muy enrarecida.

Este par de ejemplos que referimos vienen al caso porque, precisamente, uno de los editores del libro que comentamos, Edward Slingerland, es experto en el estudio de la religión. Como un antecedente significativo, Slingerland publicó en 2008 el libro *What Science Offers the Humanities* (Cambridge University Press), en un tono muy semejante.

En *Creating Consilience*, los participantes provienen de una diversidad de disciplinas y áreas temáticas: arqueología, antropología, filosofía, lingüística cognitiva, economía, neuología, zoología, psicología, etc. El espectro cubre también los diferentes abordajes, desde los entusiastas del proyecto de integración entre ciencias y humanidades hasta quienes experimentan francos rechazos a la idea. Tal vez, la única carencia que pudiera enrostrarse a los participantes y a los editores es la ausencia de algún enfoque de sociología de la ciencia de inspiración histórica, puesto que es difícil inhibir la impresión de que muchas de las controversias y disputas tienen relación, más bien o quizás también, con realidades institucionales, con facultades y departamentos cuya continuidad en el tiempo parece estar fuertemente asociada a la perduración de la brecha descrita hasta la saciedad por la literatura pertinente. Un enfoque en términos de intereses grupales pudiera ser una vía de análisis no descartable a priori.

Dicho lo anterior, y dejando el análisis de las posturas en cada caso contrapuestas, el mayor valor de la publicación radica en los intentos de describir y comprender con agudeza y profundidad los términos de la contraposición, el exacto sentido en que, en último término, tales planteamientos se perfilan. En suma, hablamos de los supuestos base que, en cada caso, dan fundamento a las posturas. Una primera aproximación está formulada por el filósofo y antropólogo francés Pascal Boyer, que distingue entre tres tipos o estilos de investigación a los que identifica como ciencia, erudición y conexión relevante, cada uno con sus características temáticas, metodologías y arreglos institucionales. Teniendo un singular valor analítico, tiene la limitación de referirse en particular al estado del arte en la antropología social. No se trata, pues, de un defecto sino de una tarea pendiente que consistiría en aplicar la distinción de Boyer a otras disciplinas o áreas temáticas. Una segunda aproximación en el propósito de identificar los supuestos en juego en la controversia ciencias-humanidades está formulada por el lingüista y psicólogo cognitivo estadounidense Steven Pinker en el capítulo I de la primera sección del libro, en su ensayo *Las Humanidades y la Naturaleza Humana*. Como resulta imposible no percibir, se trata de una tesis que Pinker había expuesto latamente en su libro de 2002, *The blank slate. The Modern Denial of Human Nature* (New York, Penguin Books). En lo principal, Pinker argumenta la reaparición del concepto de naturaleza humana, largamente desacreditado por la prevalencia de los enfoques histórico-culturales, y enfrenta con una no despreciable artillería teórica la idea de que la cultura pueda dar cuenta completamente de la condición humana y sus desarrollos en el tiempo. Pinker sostiene que dejar a la biología, la neurología y la evolución fuera del análisis caracteriza a un tipo de ceguera y de dogmatismo insostenibles.

Especial referencia cabe para el caso de la introducción al volumen, redactada por Slingerland y Collard, y el capítulo 3 de la primera sección, todo ello en la Parte I. En estos textos se logra nítidamente perfilar los términos de esta oposición que caracteriza perfectamente tantas realidades académicas institucionales.